



Título: Poeta surfera y otros éxitos

Autora: Meliza Ortiz

Editorial: Nudista

Año de publicación: 2018

Lugar de edición: Río Tercero

Número de páginas: 46

LO PRÓXIMO, LA VIDA **María Verónica Gutiérrez**

Poeta surfera y otros éxitos es el cuarto libro de la escritora jujeña Meliza Ortiz, luego de *Poemas para sacármelos de encima* (Editorial Perro Pila, Jujuy, 2006), *Quinotos al whisky* (Intravenosa Ediciones, Jujuy, 2008) y *Cálculos auxiliares* (Viento Norte Ediciones, Salta, 2010). Nacida en 1982 –hay una clara marca generacional que puede leerse en su escritura- Ortiz es también narradora y dramaturga, además de Profesora en Letras (Universidad Nacional de Jujuy). Este libro reúne dieciséis poemas que fueron publicados en revistas de poesía, blogs y diversas antologías. Aquí se construye la poesía, o mejor el poema en una zona de intimidad hecha de versos que no remiten a la poesía entendida como discurso particular sino al límite, a la frontera donde el lenguaje poético se disuelve y toma contacto con la vida. Ahí, en ese filo, en ese pliegue, Meliza Ortiz erige el poema. El poema mismo es ese pliegue y la voz poética un equilibrista que juega en la ambigüedad entre la literatura y la experiencia vital, entre la letra y lo que queda por fuera de ella. Por eso, los poemas de este libro pueden ser leídos desde lo que Tamara Kamenszain (2016) llama “intimidad inofensiva”: una escritura que hace con lo que aparece como absolutamente gratuito, con los momentos nimios o “insignificantes” que forman parte de un devenir vital. Kamenszain ubica en esta línea de la poesía argentina a algunas de las voces que comienzan a publicar a fines de los años '90, como Roberta Iannamico, Fernanda Laguna o Cecilia Pavón. Los poemas de *Poeta surfera* pueden leerse en esa línea, porque lo que hay

es un efecto poético que deriva de una percepción que se apega a los pequeños movimientos, a lo absolutamente cotidiano, a aquello que en principio no puede decir nada y sobre lo que no puede decirse nada: el espacio donde lo simbólico y el yo se diluyen en una atmósfera de indistinción y proximidad. Esa proximidad con *lo de todos los días* puede leerse, por ejemplo, en "Box":

A veces me gusta quedarme a la noche en el living vacío
 viendo la pelea con mi papá.
 Preguntarle cosas técnicas.
 (Cuánto dura un round y cosas así).
 Una vez sorteaban un guante autografiado de Oscar de la Hoya.
 Había que inscribirse por Internet en la Página de Fox Sports.
 Después me estuvieron llegando por mucho tiempo
 Mails con noticias de boxeo.
 Y mi papá no ganó el guante.

La proximidad, sin embargo, no deviene nunca en la escritura en una inmersión, en un contacto con las profundidades, con lo inabarcable de la existencia, sino que es siempre un roce que no deja de ser nunca una proximidad. Es desde ese roce que dice el sujeto poético. Desde esa superficie de la vida y de las cosas la poeta modula un tono –a veces lúdico, a veces irónico, siempre marcado por cierta inocencia- que genera en el lector la sensación de estar asistiendo a la mostración de una vida. Lo que estos poemas parecen decirnos es que la vida no está por detrás de lo inmediato: *la vida es eso próximo que la voz poética surfea*. En lo próximo se aloja, si lo hay, el sentido y el lector está invitado a experimentarlo (no a descubrirlo, porque no hay nada velado, oculto, por descubrir).

No me gusta cuando se van a Brasil.
 Me pongo rara
 cada vez que me cuentan
 que se van a Brasil.
 Yo sonrío y digo qué bueno,
 qué bueno una semana,
 qué bueno quince días,
 pero en realidad no me gusta cuando se van a Brasil
 porque me quedo pensando
 en lo bueno que sería estar yo también ahí en Brasil.

Y si toda la poesía es un decir en presente, en estos poemas el decir se recorta sobre una cierta *narratividad* a través de la cual el presente se expande, se cuenta el presente para mostrarlo hasta en sus elementos mínimos, expandirlo en un gesto poético/narrativo que lo vuelve palpable. Los lectores experimentamos, entonces, con esa voz que discurre. El poema toma un momento, una sensación, algún recuerdo y los *narra* hasta volverlos cercanos. Este despliegue del presente sobre la base de cierta *narratividad* puede leerse en “Lamento boliviano”:

En la clase de zumba del gimnasio de abajo
 ahora ponen
 “Lamento boliviano”.
 Bajan el volumen en la parte de *borracho-y-loco*
 para que los gimnastas alumnos canten fuerte y se diviertan

[...]

Me quedo quieta,
 digo,
 y me acuerdo cuando en séptimo grado
 cantábamos el tema,
 que acababa de salir al mercado como un gran hit,
 y cuando llegaba la parte de *borracho-y-loco*,
 justamente,
 en reemplazo de la palabra *loco*
 decíamos el nombre de alguien que estaba en el grupito,
 sobre todo si era alguien que te gustaba.
 Yo decía Gonzalo.

Quien dice en estos textos de Ortiz es un yo poético que aparece como una voz casi infantil (esta voz infantil aparece también en algunos de los cuentos de la autora, “Moras blancas”, por ejemplo) -si se piensa en la mirada infantil como aquella que en la que se advierte cierto asombro ante el mundo-, no hay jerarquías para esa mirada que se cautiva o que “se engancha” con “nimiedades”. “Estamos, sin embargo, ante una inclusión que no pretende profundizar en ciertos contenidos en detrimento de otros. Tampoco pretende, como sí buscaban las vanguardias, descolocar cualquier pretensión de profundidad esencialista.

Ahora se trata de rozar superficialmente la mayor clase de contenidos posibles con el solo fin de incluirlos”, afirma Kamenszain en su ensayo *La intimidad inofensiva* sobre esta línea poética en las generaciones jóvenes de la poesía argentina.

El poemario de Ortiz despliega no la intimidad de un yo grave que se construye a sí mismo en el acto de escritura y que vuelve sobre su figura para ahondar en ella y marcar sus contornos claramente –como lo hace el diarista o el autobiógrafo-, sino la intimidad como efecto de lo momentáneo y cotidiano, de las experiencias que supone el vivir en las ciudades latinoamericanas contemporáneas, en la Jujuy fronteriza del siglo XXI. La palabra no está, entonces, para reforzar la figura del yo sino para expandirlo y tornarlo borroso. Esa palabra que expande, paradójicamente, presentifica, genera un efecto de real: ahí está la vida de la voz poética, mujer, jujeña, latinoamericana.

Ortiz no renuncia, sin embargo, a la poesía, a aquello que Susana Thénon definió como “una venturosa excursión por lo ignorado”. No hay renuncia a esa excursión en este poemario, solo que esa excursión, guiada por el lenguaje, es ahora un detenerse en la inmediatez. Es en la mirada infantil, en la mostración de ese presente expandido, en ese juego con lo que está que los poemas alcanzan una potencia inusitada, porque logran capturar estados anímicos, sensaciones, el deseo (varios de los poemas tematizan el deseo: “Re power hoy”, “Campera de la Princesa Leia”, “De la felicidad juntos”, “The Pauls”, “Alan Pauls”). Entonces, podemos ser por un instante, mientras dura el poema, mientras la voz poética demora el presente para que se sostenga un poco más, lectores que ingresamos al poema/vida de Ortiz. Escribir con lo que hay no es solamente transcribir lo real, anotar lo que se ve, registrar lo que se siente, escribir con lo que hay es, en los versos de esta poeta jujeña, hacer equilibrio, encontrar un filo, mantener/se tanto como se pueda entre palabras capaces de hacer posible un poema. Todo el libro es un minucioso trabajo con la palabra para decir que en lo próximo reside la vida, por eso la voz poética no es una voz iniciada en lo profundo, sino una voz que surfea –como inocente- la superficie de las cosas.

Y ahí, así, al día siguiente –hoy-
en la playa con mi bikini Reef o Rip Curl
y mi toallón de diseño específico
escribiría poesía mirando las olas bastante violentas
que son las mejores,
las que más te sirven
Y surfear.

María Verónica Gutiérrez es Licenciada en Letras. Jefa de Trabajos Prácticos en la materia Literatura Hispanoamericana de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Salta.